

MARE VERUM

# Una geografía del mundo para los niños

por V. M. Hillyer



Programa de educación  
centrado en el asombro  
para familias homeschoolers

# Una geografía del mundo para los niños

por  
V. M. HILLYER

Directora de la escuela Calver  
Autora de «Una historia para los niños»; «La educación infantil»



ADAPTACIÓN A LA ESCUELA ESPAÑOLA POR  
— FERNANDO SÁINZ —

Inspector general de primera enseñanza



Miles de mineros trabajan en las entrañas de aquellas tierras, sin distinguir si es día o noche y corriendo graves peligros para que la Humanidad goce de los ferrocarriles y barcos movidos por las máquinas alimentadas de carbón, para que puedan caldearse nuestras casas en invierno, etc.

Pero no sólo minas de carbón hay en Pensilvania; las hay también de hierro, que igualmente se extrae del interior de la tierra mezclado con otras cosas de menos valor. Para obtener el hierro puro y hacer luego acero, y con uno y otro construir máquinas y numerosos instrumentos, se emplean fábricas llamadas altos hornos, en que el hierro se hace caldo por el calor, y una vez líquido se echa en moldes para que tome la forma que convenga. Así resulta que en algún sitio donde las minas de carbón y de hierro están próximas. el número de fábricas es tan grande que sus chimeneas humeantes impiden casi siempre ver el cielo, como en Pittsburgo.

## INTRODUCCIÓN

Este libro es para esa clase de niños que creen que el cielo está en el firmamento, que imaginan el infierno bajo tierra, que nada han sabido de Nueva York o de Londres, que creen que un danés es una especie de perro, etc.

Este libro dará las noticias que traería un viajero que recorriese todo el mundo, pero sin propósitos comerciales.

Mostrará al niño las tierras y las gentes que hay más allá del horizonte.

Describirá no sólo “las Siete Maravillas del Mundo” sino la setenta veces siete maravillas de la Tierra.

Ocurre al tener que elegir una serie de países y costumbres interesantes entre los muchísimos que hay en la Tierra, para contarlos en este libro, la misma dificultad que cuando niños sentimos al dejarnos tomar sólo dos pasteles entre los riquísimos y variados que se nos ofrecían en una bandeja.

Nunca quedábamos plenamente satisfechos de la elección. Así nos ocurre ahora. Son tantas las cosas curiosísimas que podríamos describir entre las que encierra el Mundo, que tememos que los lectores se quejen de que hemos olvidado algunos países o gentes dignos de atención. Sobre todo los niños que viven en un lugar protestarán que no le dimos toda la importancia que según ellos merece.

La Geografía nos parecía cuando niños, una lista de nombres in-

acabables: clima, comercio, manufacturas, industrias y, sobre todo, *productos*. Tal sitio producía trigo, maíz, frutas, legumbres; este otro, hortalizas, cereales, aceite; tal otro, vino, carnes. Los países que no producían esos principales alimentos apenas si se les dedicaba atención. La Geografía parecía descubrir las sustancias para llenar el gran *estómago* del mundo. De la cabeza y el corazón de los pueblos poco se ocupaba.

Todos recordamos con desagrado los libros de Geografía que nos hacían estudiar. Nos gustaba contemplar los mapas y algunos grabados, pero el texto era aburridísimo: epígrafes, subepígrafes, nombres y más nombres.

El mundo tenía la forma de una naranja, había tierras y mares, los continentes eran cinco, etc., etc., y de vez en cuando alguna noticia interesante, pero sin poderla explicar claramente, como aquella de que los esquimales viven en cuevas abiertas en la nieve; que los niños daneses llevan zapatos de madera, o que los chinos comen con palillos.

Recordamos un maestro que con su libro en la mano preguntaba: “¿Cómo viven los pueblos salvajes?” Y un compañero de pupitre contestaba: “Son pobres e ignorantes y viven en cuevas miserables.” El maestro objetaba impasible: “Te has confundido, esa respuesta es la que corresponde a la pregunta siguiente, en que se dice ¿cómo viven los esquimales?”

Si no tan malos, los libros más modernos de Geografía pecan de preocupaciones industriales, comerciales o son demasiado pueriles e inconsecuentes. Muchos datos estadísticos y abstracciones deben ser eliminados de los libros de Geografía para niños, porque no corresponden al mundo de sus intereses; en cambio, deben llevarse al texto geográfico cuentos que puedan ser muy representativos de creencias o costumbres.

Claro que como mejor se aprende la Geografía es viajando, pero no como aquel hombre de negocios que disponía de una hora en Roma para ver la ciudad y que saltando a un “taxis” se dispuso a hacer lo que

se le recomendaba en una hojita que decía: “Lo más importante que hay que ver en Roma es la Catedral de San Pedro y el Coliseo. Tómate un “taxi” y, sin perder tiempo, visítense ambas cosas para poder tomar el tren de tal hora.” El hombre de negocios, pensando en ellos, sintió que paró el coche, y asomando la cabeza por la ventanilla, preguntó al conductor: “¿Qué es esto?”; el chofer le contesta: “Es el Vaticano.” “Muy bien, pues adelante, dice el turista.” De esa forma todo se mezcla y confunde, y es como si no hubiésemos visto nada.

Esto no quiere decir que sean despreciables los textos, sobre todo si van acompañados de claros y amenos mapas y gráficos, ni que sea impropio la retención de nombres, absolutamente precisos para referir a ellos circunstancias y curiosidades. Pero así como en los manuales de Geografía clásicos los nombres de países y de accidentes geográficos eran lo esencial, hoy pensamos que lo importante son las formas de vida y que los nombres sirven secundariamente para localizar aquéllas en el tiempo y en el espacio. La Geografía es un excelente instrumento para estimular la autoinvestigación del niño. Mediante unos cuadernos arreglados por países pueden los niños coleccionar sistemáticamente materiales muy interesantes sustraídos de revistas, periódicos, documentos oficiales, anuncios, etcétera. Con extraordinaria frecuencia reproducen los periódicos ilustrados templos de la India, pagodas chinas, cazas de animales salvajes en África, parques famosos, paisajes maravillosos, escenas y costumbres curiosas. No hay que decir lo que el afán coleccionista del niño puede ser aprovechado en este sentido.

Antiguamente era muy frecuente encontrar en los pueblos personas ancianas que no habían visto del mundo nada que estuviese diez leguas más allá de la casa en que nacieron. Hoy el viaje es tan fácil, barato y cómodo que todo el mundo sale de su pueblo y muchos de su país y de su nación. Este libro trata de ofrecer a los niños viajeros ya en la realidad, ya en la imaginación, una idea de cuanto de notable hay en el mundo, procurando acostumar su atención a distinguir

lo característico de cada pueblo, a fin de que no les ocurra lo que al navegante analfabeto, que al cabo de haber dado la vuelta al mundo no conservaba de ello otros recuerdos que un loro y un rosario de cuentas de vidrio.

## VIAJEROS AL TREN

Me acuerdo de cuando era niño y me llevaban a la estación a ver los trenes. Un hombre de uniforme abotonado y gorra decía con voz sonora: “¡Señores viajeros para Zaragoza y Barcelona, al tren!” Al poco rato, otro hombre, con la cara sucia por el carbón, movía unas palancas de la máquina del tren, y éste se ponía en marcha lentamente. Los viajeros, desde las ventanillas, agitaban los brazos diciendo adiós a quienes habían ido a despedirlos. Yo sentía gran envidia de quienes se marchaban a tierras desconocidas.

Cuando regresaba a casa, me gustaba vestirme de pantalones, ponerme una gorra y gritar por una bocina: “¡Señores viajeros, al tren!” Me hacía las cuentas de que yo era el conductor de un tren que llevaba a las gentes a países lejanos y extraños.



Ahora, que ya soy un hombre y he viajado por todo el mundo, puedo conducir por medio de la lectura de este libro a través de las tierras más apartadas e ignoradas por vosotros. Os voy a conducir por todos los mares y continentes, por el Norte, por el Sur, por el Este, por el Oeste. Vamos a hacer un viaje por todo el mundo.